Salvador García Castañeda
Presencia de Washington Irving y otros norteamericanos
en la España Romántica (1826-1846)
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVII, 2011, 113-126

PRESENCIA DE WASHINGTON IRVING Y OTROS NORTEAMERICANOS EN LA ESPAÑA ROMÁNTICA (1826-1846)*

Washington Irving es el representante más destacado, y el más conocido entre nosotros, de la atracción que ejerció España sobre un considerable grupo de norteamericanos quienes a lo largo del siglo XIX dejaron profunda huella de sus experiencias en la cultura de su país. Una huella manifiesta en libros de viajes, en trabajos históricos y literarios, en la creación de bibliotecas y de colecciones de obras de arte, en el extraordinario auge de los estudios universitarios de la lengua, la cultura y la literatura españolas en los Estados Unidos y, finalmente, en difundir el conocimiento de España en aquel país. Esta conferencia tiene el carácter de una visión de conjunto pues me propongo referirme a temas tan amplios como el magisterio y huella de Washington Irving y otros hispanófilos norteamericanos de la primera mitad del XIX sobre la literatura de su país en el momento de transición de la Ilustración al Romanticismo, así como a su decisiva influencia sobre la difusión de los estudios universitarios del español en los Estados Unidos. Me he marcado tentativamente las fechas de 1826 a 1846 por ser respectivamente la de la primera visita a España del Washington Irving autor de *Los cuentos de la Alhambra*, y la de la última como representante diplomático de su país.

En aquellos años la vida cultural, política y económica norteamericana estaba concentrada principalmente en Nueva Inglaterra, al Este del país, y principalmente en Filadelfia, que fue la primera capital de los Estados Unidos, en Boston y en Nueva York. Se podría decir que el resto eran inmensos territorios que iban progresivamente definiéndose como nuevos estados de la Unión.

La clase rectora de Nueva Inglaterra, educada en las ideas de la Ilustración, era sólidamente Unitaria, una denominación protestante que se afincó en el este del país a principios del siglo XIX divulgada por los teólogos de Harvard, y Federalista en política, un partido conservador formado por banqueros, comerciantes ricos, abogados y otros profe-

*Conferencia inagural pronunciada en el *Simposium Internacional Historia, Estética y Poética en la Modernidad del Romanticismo: Washington Irving en la Alhambra.* Patronato de la Alhambra y Generalife-Universidad de Granada, 18 de Febrero de 2010.

** Las traducciones son mías.

Entregado el 1 de septiembre de 2011. Aceptado el 15 de septiembre de 2011.

sionales, al que pertenecieron George Washington, John Adams, John Jay y Alexander Hamilton. De esta clase era un escogido grupo de familias burguesas enriquecidas con el comercio, que descendían hereditaria y culturalmente de aquellos protestantes ingleses que se establecieron originariamente en el este y fundaron Boston. Además del poder económico ostentaban el poder político, y especialmente las viejas familias de aquella ciudad, llamados los «Boston Brahmins», que formaban una clase social equivalente a la aristocracia europea. Eran pragmáticos y estaban orgullosos de las virtudes y el emergente poder de su recién fundado país pero se sentían inseguros culturalmente y continuaban admirando a Inglaterra. Tanto Boston como la cercana universidad de Harvard fueron los centros culturales del movimiento conocido como New England Renaissance, y en aquella ciudad nació en 1815 la *North American Review*, la primera revista literaria fundada en los Estados Unidos con el propósito de crear una literatura genuinamente americana[1]. En Nueva Inglaterra se hallaban las mejores editoriales y librerías y un ávido público lector. Aquella sociedad consideraba los viajes a Inglaterra y al resto de Europa como parte integrante de la educación propia de los destinados en el futuro a hacer carrera política. Para «a well-bred gentleman of letters,» el conocimiento de los países europeos era una especie de ritual por el que los varones americanos de cierta clase social adquirían en el extranjero el refinamiento cultural necesario para mantener cierto status socio-cultural ya de vuelta en su país. Cuanto más conocemos aquella sociedad y a quienes la formaban recibimos la impresión de una tupida red de familias de la clase dominante emparentadas unas con otras, cuyos miembros controlaban los cargos políticos y administrativos, la judicatura, la educación y la diplomacia, y distribuían entre sus parientes y amigos más capacitados los puestos públicos.

El interés por las literaturas europeas, entre ellas la española, a lo largo del siglo XIX era un síntoma del creciente cosmopolitismo de los Estados Unidos y de la fascinación ejercida por las viejas civilizaciones sobre las nuevas, como lo fueron la griega sobre la de Roma, la de Italia sobre la inglesa, y las raíces de la cultura norteamericana no estaban en la de los aborígenes indios sino en la británica. Para Stanley T. Williams, a quien se deben los imprescindibles estudios sobre Washington Irving y otros hispanistas norteamericanos, a principios del XIX los americanos se habían mostrado indiferentes a la literatura, la historia y otros aspectos de la cultura española, que no llegaron a apreciarse hasta la tercera década del siglo. Hasta entonces, nuestras letras estaban reducidas a Cervantes y, en segundo lugar, a algunos autores del Siglo de Oro.

Los conocimientos de los norteamericanos acerca de España en el primer tercio del XIX giraban en torno a «la leyenda negra» divulgada por los ingleses, la independencia de nuestras colonias americanas, Cristóbal Colón, el tema del noble salvaje en relación con la Conquista de América, y algunos episodios de nuestra historia. La mayoría de esta información era libresca y provenía de obras extranjeras o de conocidos estereotipos como el fanatismo religioso, la indolencia o el orgullo de los españoles. Y Severn Teackle Wallis (1816-1894), un abogado de Baltimore que visitó España en 1847 y en 1849, escribía

[1] *North American Review* se fundó en Filadelfia en el invierno de 1814 por un grupo de graduados de Harvard, fundamentalmente abogados y clérigos, entre ellos Alexander Hill Everett, y en ella colaboró la mayoría de la gente de letras de aquel siglo.

en sus *Glimpses of Spain* (New York, 1849) que los norteamericanos basaban su desfavorable opinión de España en la equivocada información proporcionada por libros de texto de carácter elemental y por ilustraciones con imágenes de corridas de toros y tormentos de la Inquisición, así como su negativa a admitir que los españoles y los ingleses habían ejercido esencialmente la misma política colonizadora (Williams 1: 339 n79-88).

Como es sabido, en la primera mitad del siglo, España vivió los tiempos difíciles de Fernando VII, de la Regencia de María Cristina y de los albores del reinado de Isabel II. Las antiguas colonias españolas en América se habían independizado y la opinión pública en Inglaterra y en los Estados Unidos, que tanto se beneficiaron económicamente con la creación de las nuevas repúblicas, se manifestaba más abiertamente que nunca en contra del país de la Inquisición y de los Conquistadores. Pero España ofrecía también su pasado medieval, el exotismo oriental del mundo granadino, su glorioso Imperio y la reciente guerra de la Independencia. La visita a España no era tan solo una experiencia geográfica sino también la inmersión en una cultura fascinante.

Aunque el Washington Irving (1783-1857) autor de los *Cuentos de la Alhambra*, es el más conocido entre nosotros, forma parte, como sabemos, de un distinguido grupo de hispanistas norteamericanos con los que comparte no pocas características. Me refiero a Alexander Hill Everett (1790-1847), a Alexander Slidell Mackenzie (1803-1848), a George Ticknor (1791-1871), a William H. Prescott (1796-1859), a Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), y a Obadiah Rich (1777-1850). Con excepción de éste, los demás nacieron entre los dos últimos decenios del siglo XVIII y el primero del XIX y se estableció entre varios de ellos, especialmente en lo que respecta a Irving con los más jóvenes, una relación de maestro a discípulo. Tanto el oficial de marina Slidell Mackenzie como Irving eran de Nueva York, y los demás de Nueva Inglaterra. Allí se educaron en las instituciones más prestigiosas de la época: Dartmouth College, Bowdoin College y Harvard. Su trayectoria profesional les lleva desde los estudios y práctica del Derecho a la enseñanza, al periodismo, a la diplomacia y, sobre todo, a una dedicación plena a los estudios literarios y de la Historia. En sus carreras destaca la fluidez con la que aquellos jóvenes de buena familia pasaban de una profesión a otra y cómo gracias a sus propios merecimientos, y a sus relaciones personales o familiares, llegaban a alcanzar destacados puestos en la política, en la sociedad y en la vida intelectual de su tiempo.

Mencioné anteriormente la importancia que tenían los viajes y la estancia en Europa para su formación y, entre ellos, la de nuestros hispanistas. Me estoy refiriendo aquí como «hispanistas» o «hispanófilos» a unos hombres de letras cuya primera vocación, paradójicamente, no fue el conocimiento de nuestra literatura o de nuestras gentes. Viajaron repetidamente a Inglaterra, estudiaron en Alemania, visitaron Francia e Italia y conocieron otras literaturas antes de sentir la curiosidad y después la atracción por España, un país diferente a los demás de Europa. A principios del XIX era harto difícil encontrar libros extranjeros en los Estados Unidos; así, cuando Ticknor comenzó a aprender alemán mandó a buscar un diccionario a New Hampshire, donde le habían dicho que había uno, su maestro le prestó una gramática y el futuro presidente John Quincy Adams, un ejemplar de *Las desventuras del joven Werther* (Williams 2: 48). Como se recordará, la primera traducción del *Quijote* a una lengua extranjera fue al inglés y el libro de Cervantes tuvo gran popu-

laridad en Gran Bretaña e influyó mucho en su literatura. De allí llegó a los Estados Unidos, donde era conocido especialmente en el este entre las clases cultas, y en cuyas bibliotecas y en las de las universidades no era infrecuente hallar ejemplares. Los estudiosos norteamericanos conocían bien y amaban el *Quijote*, que sin duda contribuyó a influenciar su orientación hacia España. A ello habrá que añadir después la lectura de los libros de Washington Irving, de otras obras literarias y de los relatos de viajes, así como las conversaciones con algunos conocedores de España y su literatura.

La atracción de este último por el pasado medieval e islámico de España podría remontarse a su primera juventud con la lectura en ediciones infantiles de *Las mil y una noches*, de relatos de las andanzas americanas de los conquistadores españoles y de las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita. Y durante su estancia en Francia, donde comenzó a estudiar español en 1824, leyó a Moratín, a Lope y a Cervantes.

Cuando Irving llegó a Madrid en febrero de 1826 era ya conocido en su país y en Inglaterra como autor de *The History of New York by Diedrich Knickerbocker*, *The Sketch-Book*, *Bracebridge Hall* y *The Tales of a Traveller.* Irving había pasado ya la cuarentena, y su situación económica era delicada. De ella le sacó la invitación de su amigo Alexander Hill Everett, ministro plenipotenciario entonces de los Estados Unidos, para venir a España en calidad de Agregado a aquella misión diplomática con el fin de traducir los documentos sobre Colón descubiertos y recién publicados por el erudito Martín Fernández de Navarrete, y darlos a conocer en América. Pero basándose en ellos, decidió escribir en su lugar *The Life and Voyages of Christopher Columbus*, una historia novelada presentada de modo atractivo con destino al gran público, para la que había recogido abundantes materiales en bibliotecas y archivos. Irving llegó a Andalucía en 1828, dos años después de vivir en España y ya con considerables conocimientos históricos adquiridos en sus trabajos sobre Colón. Utilizó parte de ellos para otro libro, *The Conquest of Granad*a, que escribió en Puerto de Santa María, y que se publicó al año siguiente, cuando su autor todavía estaba en España. En este último libro, como en el anterior, también presentaba la historia combinada con elementos novelescos que la hacían accesible y atractiva a un amplio número de lectores[2].

Irving se trasladó a la Alhambra a mediados de mayo de 1829, donde vivió inmerso en «la deliciosa tranquilidad y belleza del aquel lugar» (Williams 2: 26), dedicado a trabajar en un futuro libro, *Tales of the Alhambra* pero concluido apenas el primer borrador, fue llamado a Londres para ocupar el puesto de Primer Secretario de la Legación de los Estados Unidos, y el libro no salió hasta dos años después, en 1832, simultáneamente en Londres (Colburn and Bentley) y en Philadelphia (Carey and Leha). En 1851 vio la luz una segunda edición corregida y aumentada y, a partir de entonces aparecieron numerosas ediciones de *Tales of the Alhambra*, una de las obras más reeditadas de la literatura norteamericana. Fue también muy popular en otros países, especialmente en España, como ha mostrado Javier Villoria en su libro *Washington Irving en España, Cien años de traducciones.*

[2] Se ha especulado acerca de la relación de Irving con Navarrete y si éste consideró que Irving se había aprovechado de su edición para hacer con ella una obra de ficción. De todos modos, Washington Irving entró en la Real Academia de la Historia apadrinado por Navarrete.

Como revelan sus diarios y su correspondencia, los norteamericanos avecindados o de paso en España tuvieron siempre gran interés en buscar la compañía de sus compatriotas y, a este respecto, quiero destacar la figura de Sarah Maria Theresa McKean (1780-1841), hija de Thomas McKean, gobernador del Estado de Pensylvania, quien casó en Filadelfia con Carlos Martínez de Irujo y Tacón, marqués de Casa-Irujo (1763-1824), Ministro Plenipotenciario de España en los Estados Unidos entre 1796 y 1807, y personaje de gran relieve en la corte de Carlos IV[3]. Esta señora, ya viuda y cercana a la cincuentena, vivía en Madrid en 1826, daba muchas fiestas y presidía una tertulia de amigos, que frecuentaban los visitantes distinguidos llegados a Madrid, como Irving a poco de su llegada. Este conoció allí en el invierno de 1826 al oficial de la Marina norteamericana Slidell Mackenzie, cuyos viajes por España en 1826 y en 1834 resultaron en *A Year in Spain* (Boston 1829), un libro dedicado a su amigo Alexander Everett, y que por sus sinceras opiniones acerca del gobierno de Fernando VII fue prohibido de Real Orden y a su autor la entrada en España, y *Spain revisited* (New York 1836). Mackenzie e Irving fueron grandes amigos y este último se encargó de revisar la segunda edición de *A Year in Spain*. Mackenzie facilitó a Irving los términos marítimos de la edición revisada de su *Life of Columbus* (1850), y según Pierre M. Irving, el sobrino autor de *The Life and Letters of Washington Irving, A Year in Spain* fue siempre uno de los libros favoritos de su tío incluso en los tiempos de su vejez. Habitual de aquellas tertulias fue Obadiah Rich, cónsul en Valencia y en Mahón, cuyo nombre aparece frecuentemente en los diarios y en las cartas de los estudiosos y viajeros americanos[4].

Rich era bibliófilo y reunió una gran colección de manuscritos y libros raros relativos a la temprana historia de América, que generosamente tuvo siempre a disposición de sus amigos, entre ellos Washinton Irving, George Ticknor, William H. Prescott, y George Bancroft. En una carta del 17 de septiembre de 1857, Irving se refería a él como «uno de los bibliógrafos más infatigables, inteligentes y con más éxito de Europa. Su casa de Madrid era una jungla literaria plagada de libros curiosos y de ediciones raras, en medio de los que Rich tenía hecha su vida, y en la cual pasé yo muchos meses trabajando. Era un hombre de gran sinceridad y simplicidad de carácter, de disposición amable y servicial y de estricta integridad» (Carta [2534] de Washington Irving desde Sunnyside, September 17, 1857, a S. Austin Allibone, *Letters* IV: 639) *

A juzgar por sus *Diarios* Irving frecuentó allí al joven George Washington Montgomery (1804-1841), nacido en Alicante, donde su padre de distinguida familia irlandesa de Boston, tuvo negocios y fue cónsul de los Estados Unidos. «Don Jorge» había sido secre-

[3] El marqués de Casa- Irujo fue Ministro Plenipotenciario de España en los Estados Unidos entre 1796 y 1807, después en Brasil y en Francia, y Ministro de Asuntos Exteriores; tuvo una gran cultura, conocía las ideas políticas inglesas, y su traducción de *The Wealth of Nations de Adam Smith* se publicó en Madrid en 1792. Era muy rico y, según sus contemporáneos, muy inteligente pero un tanto obstinado e impetuoso. Fue íntimo del Presidente Jefferson, y decano del cuerpo diplomático, y tuvo gran papel político y en la sociedad de Filadelfia.

[4] Slidell Mackenzie cuenta en *Spain Revisited* que en enero de 1834 hizo un viaje en diligencia desde Zaragoza a Madrid, en el que junto a otros viajeros venía el joven Angel Saavedra, quien volvía a España tras diez largos años de exilio. Tuvieron ocasión de conversar y de cambiar ideas y Mackenzie hace de él un retrato muy positivo. Ver A. K. Shields, «Slidell Mackenzie and the Return of Rivas to Madrid», *Hispanic Review*, Vol. 7, No. 2 (April 1939), 145-150.

tario particular del difunto marqués de Casa-Irujo, estaba empleado en la legación norteamericana y era gran admirador del autor de *Chronicle of the Conquest of Granada*, que tradujo con su beneplácito y publicó en Madrid en 1831. *Crónica de la conquista de Granada* fue la primera traducción castellana de esta obra y en ella Montgomery redujo los cien capítulos a setenta y siete, suprimió el personaje del cronista Fray Antonio Agapida y simplificó o acortó en ocasiones texto y notas con un criterio, por lo general, acertado. Siguió de cerca a su modelo, con estilo sobrio y elegante[5]. Y también se debe a «Don Jorge» la adaptación de algunas obras menores suyas en *Tareas de un solitario*. Parte de esta amistad fue la constante protección y el consejo de Irving a Montgomery en cuestiones literarias y de trabajo[6].

En mayo de 1818, mucho antes que Irving, había llegado a Madrid George Ticknor provisto de cartas de introducción, entre ellas una de Thomas Jefferson, para los círculos diplomáticos y culturales de la capital. Había nacido en Boston, era hijo de un banquero, estudió en Dartmouth College, hizo Derecho y practicó la abogacía por poco tiempo pues prefirió dedicarse a los estudios de lenguas. Prueba de la reputación intelectual del joven Ticknor como de su posición social son la oferta que le hizo el futuro Presidente Jefferson del puesto de profesor de Romance Languages en la Universidad de Virginia, y la del mismo puesto que le hizo Harvard, aun antes de que el futuro catedrático conociera bien estas lenguas. Antes de aceptar la última oferta, Ticknor marchó a Europa para familiarizarse con la cultura y con las lenguas que tendría que enseñar. En Alemania estudio alemán, latín y griego en la universidad de Gottingen en 1815, y en 1816 estuvo en Francia, en España y en Portugal. Desde muy temprano había mostrado gran afición al estudio de las lenguas, a los doce años comenzó el de la española y entre sus primeros libros, poseía un ejemplar del *Quijote*. Parece que su decisión de estudiar la literatura española surgió en Gottingen a consecuencia de sus conversaciones con el hispanista Friedrich Bouterwek, en cuya casa vivía. Llegó a Madrid el 23 de mayo de 1818 y permaneció en España cinco meses dedicado intensamente al estudio y a la compra de libros, aunque sin descuidar su vida social. Tomó como profesor de español al arabista José An-

[5] *Crónica de la conquista de Granada*. Escrita en inglés por Mr. Washington Irving. Traducida al castellano por D. Jorge W. Montgomery, autor de *Las tareas de un solitario*. Madrid: 1831, Imp. de M. Sancha, lib. Europea, 2 tomos. Dice Hidalgo, refiriéndose a la traducción que «Está escrito en en un lenguaje romántico y florido, y adornado con pinturas vivas y graciosas, que hacen muy interesante su lectura» (133-134).

[6] En 1834 marchó a los Estados Unidos para cuyo gobierno desempeñó varios puestos diplomáticos, y falleció en Washington en 1841. A Montgomery también se deben *El bastardo de Castilla* (1832), «novela histórica, caballeresca, original» sobre Bernardo del Carpio, que resulta cronológicamente una de las primeras novelas históricas españolas pues, si exceptuamos las escritas en inglés por Valentín de Llanos (*Don Esteban* en 1825, *Sandoval or the Freemason* en 1826) y por Telesforo de Trueba y Cosío (*Gómez Arias* en 1828 y *The Castilian* en 1829), se suele considerar *Los bandos de Castilla* de Ramón López Soler (1830) como la primera novela histórica de nuestro Romanticismo. Ya en América, publicó *Narrative of a journey to Guatemala, in Central America, in 1839*, que relataba las experiencias de una dilatada misión diplomática. Como en otras ocasiones, pidió consejo a Irving y le envió el manuscrito. Se conservan unas cartas que muestran el interés de este último en ayudar a su amigo, así como curiosos detalles de la publicación del libro. Finalmente, *Francisco the Avenger* es un drama en tres actos, localizado en la Venecia convencional de los dramas románticos y abunda en asesinatos y anagnórisis, identidades falsas e imposibles amores. Fue publicado por el autor en inglés, sin fecha ni pie de imprenta, y es posible que Montgomery lo escribiese ya en América.

tonio Conde, antiguo archivero de la Biblioteca Real en tiempos de Carlos IV y de José Bonaparte, que había perdido su puesto por afrancesado, y quien le asesoró en la compra de libros antiguos en una época en la que se vendieron muchas bibliotecas particulares a buenos precios. Desde España marchó a París en 1818 y tanto allí como en Alemania e Inglaterra siguió comprando libros españoles; al año siguiente aceptó la cátedra de Francés y Español en Harvard, y comenzó a enseñar allí en 1819. Se retiró en 1835 al cabo de diez y seis años de enseñanza, y regresó a Europa, donde residió hasta 1838. A su vuelta se dedicó a la investigación y publicó, entre otras cosas, *History of Spanish Literature* (1849) y *Life of William Hickling Prescott* (1864). Alternó estos trabajos con la adquisición de libros y las gestiones conducentes a la creación de la Boston Public Library (1852), a la que donó considerable cantidad de los suyos propios, y en cuyo beneficio emprendió un tercer viaje a Europa.

Su *History of Spanish Literature* en 3 volúmenes (Londres y Nueva York, 1849), que concluyó cuando tenía casi 60 años, fue la labor de su vida. Tuvo éxito inmediato en América, en Inglaterra, en el Continente y especialmente en España y se dijo que superaba a las de Bouterwek y de Sismondi, por considerar la literatura como un reflejo del carácter, las costumbres y la civilización españolas. Como obra de indispensable referencia salieron varias ediciones y fue traducida al español por Pascual de Gayangos.

Al igual que sus amigos Ticknor y Longfellow, William H. Prescott (1796-1859) era Unitario, conservador y bibliófilo y venía de una poderosa familia de Boston. Había estudiado en Harvard, abandonó los estudios de leyes y se casó con la hija de un próspero comerciante. No sabemos qué le llevo a interesarse por los estudios hispánicos aunque parece que fue en 1824 tras haberle leído Ticknor algunos capítulos de su *History of Spanish Literature*. Prescott tenía entonces 28 años, era ya conocido como escritor, y el 1 de diciembre del mismo 1824 comenzó a aprender español. Su *History of the Reign of Ferdinand and Isabelle the Catholic* (1838) fue muy bien acogida, se agotó la edición en cinco semanas y se tradujo al español, al francés, al alemán, al italiano y al ruso. Richard Ford la consideraba como la mejor obra histórica publicada en América y no inferior a las europeas de la primera mitad del siglo (103) y, según Williams (1: 145), despertó el respeto de los europeos por los investigadores norteamericanos. A la popularidad de *History of the Conquest of México* (1843) y de *History of the Conquest of Perú* (1847) contribuyó el interés que había por España en aquellos años y sobre todo, por Hispanoamérica debido a las obras de otros historiadores, a las crecientes relaciones comerciales, a los artículos en las revistas y a los libros de viajes. Contrariamente a la opinión prevalente entre los críticos protestantes norteamericanos e ingleses Prescott defendió a los conquistadores españoles, quienes obraron según los códigos de conducta propios de su época, y justificó su celo en suprimir la infidelidad religiosa de los indios. Aunque sus amplios conocimientos fueron solamente librescos, y quizá debido a su impedimento físico, nunca visitó España, escribió que «En verdad puedo llamar a España mi patria adoptiva porque he vivido más en ella, por lo menos en espíritu, los últimos 30 años de mi vida que en mi propio país». (Williams 2:121)[7].

[7] Ticknor escribió *Life of William Hickling* Prescott tras la temprana muerte de Prescott, que para él significó además de la pérdida de un amigo íntimo el fin de una generación de hispanistas.

Henry Wadsworth Longfellow, el más joven del grupo, fue desde la infancia un apasionado lector y un enamorado de la lengua y la literatura española, en especial de la obra de Cervantes. En sus años de estudiante en Bowdoin College leyó a Washington Irving, a quien admiraba y con el que luego contrajo una duradera amistad, y decidió ser escritor. Con este fin pasó tres años en Europa dedicados al estudio y en 1829 fue nombrado profesor de lenguas modernas en el mismo Bowdoin College, del que su abuelo había sido uno de los fundadores. Al jubilarse Ticknor, su protector y amigo, ocupó en 1835 la cátedra de lenguas románicas en Harvard, después de haber pasado año y medio más en Europa para ampliar estudios. Al cabo de dieciocho años abandonó la enseñanza para dedicarse de lleno a la literatura.

Longfellow llegó a Madrid el 6 de marzo de 1827, acudió a las tertulias de la marquesa viuda de Casa Irujo, intimó con Slidell Mackenzie, y frecuentó a Everett, a Obadiah Rich y a sus familias, trató a Montgomery, y conoció al fin a su admirado Washington Irving, quien por entonces trabajaba intensamente en su *Life and Voyages of Christopher Columbus*. En el mes de septiembre hizo un viaje en galera a Andalucia para visitar Sevilla, Cádiz y Granada, y a fines de noviembre tomó un barco para Marsella. Su estancia en España había durado ocho meses. Enamorado de nuestra lengua, que hablaba bien, Longfellow tenía un amplio conocimiento de nuestra literatura, su viaje a España, según Williams, fue la experiencia más inolvidable de su vida (2:157), y sus cartas, su diario y las partes de su libro *Outre-Mer* dedicadas a España revelan una visión romántica y libresca, a través de Cervantes y de nuestros clásicos.

Las primeras universidades norteamericanas nacieron en el este del país y a cargo de diversas denominaciones religiosas; la primera fue Harvard en 1636, seguida de William and Mary en 1691, Yale (1701), Princeton (1746), University of Pennsylvania (1751), Columbia (1754), Bowdoin College (1794) y otras tantas que se fueron extendiendo por todo el país. A mediados del XVIII ya había interés por aprender español en las ciudades del este para negociar con la América hispana, y el primer libro de texto para la enseñanza del español publicado en Estados Unidos fue *A Short Introduction to the Spanish Language*, impreso en Nueva York en 1751.

El español interesaba, por un lado, por las incipientes relaciones comerciales con las antiguas colonias españolas, que iban independizándose, y por otro, por la atracción que ejercía un país tan exótico y tan lleno de contrastes como España. El *Quijote*, como dije antes, era un libro conocido entre las minorías educadas del país y muy amado por los futuros hispanistas. A principios del XIX fue abriéndose paso la idea de estudiar lenguas extranjeras a nivel universitario, preferentemente alemán, francés, español e italiano. Jefferson estableció una cátedra de lenguas modernas en William and Mary, y Abiel Smith, un hombre de negocios antiguo alumno de Harvard, dejó 20.000 dólares para crear la cátedra de su nombre en su *alma mater* para el estudio de la lengua y literatura española y francesa.

El primer titular fue Ticknor desde 1819 hasta 1835, y durante aquellos años organizó los departamentos de lenguas, y creó programas en los que potenció de manera innovadora los estudios del español y del francés en aquella universidad; de sus ideas acerca de la enseñanza son muestra, además de los syllabus y las notas de clase, su *Lecture on*

the Best Methods of Teaching the Living Languages, que publicó en 1833. Le sucedió Longfellow, y el tercer titular de la cátedra, en septiembre de 1856 fue James Russell Lowell, diplomático, escritor e hispanista. Para entonces, los estudios de lengua y literatura españolas formaban ya parte del programa de muchas universidades norteamericanas.

Entre los textos usados por Ticknor para la enseñanza del español estaban las *Fábulas literarias* de Tomás de Iriarte, la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís y la antología *Colmena española, o piezas escogidas de varios autores españoles, morales, instructivas y divertidas* (1825), con trozos escogidos del *Lazarillo*, Cervantes, Feijoo, y el P. Isla, del hispano francés Francis Sales, maestro de Ticknor y de muchas generaciones de estudiantes en Harvard durante 35 años (Williams 1:180ss). Longfellow preparó como texto para sus clases un volumen titulado *Novelas españolas*, que contenía «El serrano de las Alpujarras» y «El cuadro misterioso», ambas de George Washington Montgomery, con una advertencia «Al Lector: Estas novelitas sacadas de las *Tareas de un solitario* son imitaciones del *Rip Van Winkle* y del *Joven Italiano (The Young Italian)* del célebre Washington Irving», en la que no mencionaba a Montgomery, su verdadero autor. Salieron dos ediciones, Portland, 1830 y Brunswick, 1831; hay otra edición bajo el nombre *El serrano de las Alpujarras and El cuadro misterioso, two Spanish novels taken from Las tareas de un solitario*, New York 1842; y otra de *Novelas españolas y Coplas de Manrique…*, «The *Novelas españolas* are adaptations in Spanish from Washington Irving's *Rip Van Winckle* and *The Young Italian…*» [Las *Novelas Españolas* son adaptaciones en castellano de *Rip Van Winckle* y *The Young Italian* de Washington Irving]. En todas ellas se ha omitido el nombre de su autor[8].

Finalmente, querría destacar aquí la visión que tuvieron de España aquellos hispanófilos americanos y la aportación de todos ellos a nuestras letras. Andalucía ha sido siempre la parte de España preferida por los viajeros extranjeros y, bien de paso o intencionadamente, muchos de ellos visitaron Granada y la Alhambra, como Henry Swinburne en 1775-1776, Richard Ford de 1830 a 1833, y George Borrow en 1835. Todos admiraban la belleza evocadora de aquellos lugares pero lamentaban su ruinoso estado aunque en su última visita Ford advertía que «los encantadores escritos de Washington Irving y la admiración de los viajeros europeos han hecho últimamente avergonzarse a las autoridades, moviéndolas a una actitud más conservadora respecto a la Alhambra» (Robertson 222). Unas palabras que revelan tanto la difusión y popularidad del libro de Irving como su benéfica influencia sobre la restauración y el cuidado de este conjunto monumental. De hecho, a la Alhambra comienza a llegar un turismo cada vez más numeroso que ha leído a Irving y trae consigo el *Hand-Book for Travellers in Spain* (1845), de Richard Ford; según Robertson, «Con la publicación del *Hand-Book,* España dejaba de ser

[8] En 1818 Ticknor conoció a Bohl de Faber y visito su magnífica biblioteca; de él dijo que «Pocos extranjeros han hecho tanto por la literatura española como ha hecho Bohl de Faber» (Williams 2:`53). Para la relación de Irving con Fernán Caballero, véanse entre los artículos de Stanley T. Williams, «Washington Irving and Fernán Caballero», *Journal of English and Germanic Philology* (July 1930), 352-366; E. H. Hespelt y Stanley T. Williams, «Washington Irving's Notes on Fernán Caballero's Stories», PMLA, 49 (December 1934), 1129-1139; y Blasina Cantizano (2003). «Washington Irving y Fernán Caballero: influencias y coincidencias literarias». *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 23 (Madrid). www. ucm.es/info/especulo/numero23/Irving.html.

la gran desconocida» (283). Pero todavía en 1840 Theophile Gautier y un amigo suyo, «no satisfechos con visitar la Alhambra, consiguieron introducirse en el propio palacio –las casas vecinas se alquilaban a ingleses por una renta elevadísima–, donde permanecerían cuatro jornadas. Las autoridades no les dieron permiso formal pero accedieron a no darse por enteradas de su presencia. Instalado en el Patio de los Leones, con dos colchonetas, una lámpara de latón, una vasija de barro y unas cuantas botellas de vino de Jerez que se conservaba fresco sumergido en la fuente, Gautier pasó alguno de los momentos más felices de su vida» (Robertson 304-305).

Cronológicamente, el primer americano en llegar a España fue Ticknor, considerado como el padre del hispanismo en aquel país por su *Historia de la literatura española*, una monumental obra de referencia en su tiempo; por su magisterio en Harvard, donde creó y organizó el departamento y los estudios de lenguas románicas y particularmente de la española; por su incansable y fructífera labor de bibliófilo y su decisivo papel en la creación de la Biblioteca Pública de Boston y de sus fondos hispánicos; y, en fin, como mentor y amigo de Irving, de Prescott, de Longfellow y de Lowell. En reconocimiento a sus méritos, fue elegido académico de la Real Academia de la Historia cuando contaba 27 años.

Ticknor vino con el firme propósito de llevar adelante su plan de trabajo, y su *Life, Letters and Journals* revelan un atento observador de la realidad. Sin embargo el encanto que ejercía Granada sobre los románticos alcanzó también a este hombre práctico cuando escribió: «La Alhambra, un nombre que hará hervir mi sangre aunque viva cien años» (Williams 2:58).

Las observaciones sobre España contenidas en *Life* (1876), publicadas sesenta años después de su primer viaje, son de las más perceptivas escritas por un americano sobre España en los ominosos tiempos de Fernando VII (Williams 2: 54). No hay en ellas los prejuicios religiosos propios de los unitarios de Nueva Inglaterra y Ticknor mostró tanto los aspectos positivos como los negativos de España aunque sin duda no le resultaría fácil conciliar su amor al progreso con la atracción romántica que ejercía la atrasada patria de Don Quijote. Su imagen de España se difundió entre el escogido círculo de los lectores de sus diarios y de sus cartas y de los alumnos de sus cursos en Harvard.

Washington Irving no había cumplido los 43 años cuando llegó por primera vez a España, y 45 cuando publicó *The Life and Voyages of Christopher Columbus* (1828). Los tres primeros años (1826-1829), fueron los granadinos y los más productivos, y dedicó los cuatro de su segunda estancia (1842-1846) a su función diplomática ante la corte de Isabel II. Sus libros *The Life and Voyages of Christopher Columbus*, *Chronicle of the Conquest of Granada*, *The Voyages of the Companions of Columbus* y las dos ediciones de *Tales of the Alhambra*, representan más de la tercera parte de su obra dedicada a temas españoles.

Quienes conocieron y escribieron sobre la España de aquellos años se vieron en la disyuntiva de expresar francamente sus opiniones como hicieron Mackenzie, Ticknor y otros, o ignorar la realidad, al igual que Irving y después Longfellow. *Tales of the Alhambra* pintan un mundo poblado por pintorescos campesinos e hidalgos de raigambre costumbrista, felices en su pobreza en un lugar paradisiaco en el que se ha detenido el tiempo. Irving describió a sus lectores una Alhambra representativa de Andalucía o aun de España, como un amable refugio para quienes, como él, huían de las realidades del pre-

sente. Sus diarios y sus cartas le revelan como un atento observador de tipos y escenas populares que contempla con afectuoso distanciamiento. «Me parece –escribía– que los españoles son todavía más pintorescos que los italianos; cada hijo de su madre se merece un estudio» (Williams 2:13). En su viaje conoció a Nicolás Bohl de Faber, y a su hija, la futura Fernán Caballero, a quienes visitó en el Puerto de Santa María y con los que estableció gran amistad. Esta le refirió anécdotas y cuentos folklóricos de Andalucía y le orientó sobre el estudio de sus costumbres. Por su parte, parece que Irving ayudó a Fernán Caballero en la composición de *La familia de Alvareda*[8].

Pere Gifra-Adroher destaca que aunque Irving no ignoraba la menesterosa situación del país y sus graves problemas políticos, económicos y sociales como las invasiones napoleónicas, el absolutismo de Fernando VII, la prepotencia del clero, o la ruinosa economía, evitó mencionarlos y cuando lo hizo, fue indirectamente y de manera humorística. Sus comentarios sobre los miembros de las clases sociales que le rodean en Granada le muestran como un reaccionario a favor del *status quo* que no trató de ilustrar a sus lectores sino tan solo de entretenerles.

La difusión de *Tales of the Alhambra*, considerada como la obra más destacada y más popular escrita por un americano antes de 1850, estimuló a otros autores a lo largo del siglo a escribir sobre temas orientales y granadinos aunque algunos admitieron que renunciaban a describir la Alhambra después de haberlo hecho Washington Irving tan magistralmente. Al igual que en arquitectura, el «Alhambrismo» llegó a ser una moda en Inglaterra y en los Estados Unidos. Y la visión que éste tuvo de la Alhambra como uno de los retiros más deliciosos y románticamente solitarios del mundo y la difusión en su libro hizo universalmente conocido el nombre de la Alhambra de Granada, que fue desde entonces la meta de un peregrinaje sentimental y literario.

El joven Longfellow fue apasionado lector y admirador de Washington Irving, quien inspiró en él su visión sentimental e idealizada de España. Su amor a los clásicos y su nostalgia de los tiempos del Medioevo y del siglo de oro le llevaron a pintar en sus obras un país inexistente que él prefería creer que era el del presente. Y aunque tuvo ocasiones de visitar de nuevo España no quiso hacerlo para evitar el posible desencanto de no reconocer aquella que vió en su juventud. A Longfellow no le interesaban los problemas políticos y sociales, y España era un refugio contra el prosaísmo de la realidad: «Mis pensamientos –escribía– rechazan instintivamente la degradación del presente y buscan la gloria del pasado» (Gifra 179).

Destaca Gifra que al contrario de los demás viajeros americanos, Longfellow consideraba el catolicismo como una expresión religiosa más en lugar de ser la diferencia fundamental entre España y el protestantismo americano. Su viaje, según Williams, fue la experiencia más inolvidable de su vida, y su visita a Granada tuvo el carácter de una epifanía. Contemplando a solas la Alhambra a la luz de la luna, «desvelado, fascinado por el genio del lugar, extasiado por la belleza de la noche estrellada», se pregunta, «¿Es realidad y no un sueño? ¿Estoy de verdad en Granada? ¿Estoy de veras dentro de los muros de ese paraíso terrestre de los reyes moros?». Y al recordar aquella experiencia escribe que no tiene palabras para describir aquellos lugares: «Vagos recuerdos ocupan mi mente, imágenes deslumbrantes pero indefinidas como el recuerdo de un sueño maravilloso…» (Gifra: 185).

Los desastrosos resultados de la guerra de la Independencia, las disensiones de absolutistas y liberales, la Desamortización de Mendizábal y la primera guerra carlista afectaron notablemente las bibliotecas de la Iglesia y las de los particulares, por lo que en la España de aquel siglo, especialmente en su primera mitad, los libreros anticuarios, los coleccionistas y los bibliófilos tuvieron ocasión de adquirir manuscritos, libros raros y aun joyas bibliográficas a precios muy ventajosos. Así se formaron bibliotecas privadas de importancia como la de Lord Holland, la de Nicolás Bohl de Faber, la de Pascual de Gayangos, la del marqués de Jerez de los Caballeros y tantas otras. Por los diarios y las cartas de los hispanófilos americanos de aquella época sabemos de sus visitas a los archivos y bibliotecas monacales y del gobierno para consultar papeles relacionados con sus trabajos de investigación, así como de la búsqueda y compra de libros para sus propias bibliotecas. Así lo hicieron Washington Irving, Ticknor, Prescott, a través de agentes, y Longfellow, todos ellos dotados del entusiasmo y los fondos necesarios para hacer posibles sus aficiones. Entre todos destaca el cónsul Obadiah Rich, a quien me referí antes como un destacado bibliófilo y un generoso amigo.

Algunos de aquellos hispanistas fueron amigos o protegidos de presidentes de los Estados Unidos (como Alexander Hill Everett lo fue de John Quincey Adams, o Ticknor de Thomas Jefferson) y llegaron a España con un propósito definido. Tan solo podríamos considerar a Alexander Slidell Mackenzie como uno de aquellos «curiosos impertinentes» como llamó Ian Robertson, a los viajeros amantes de la aventura y ansiosos de conocer las costumbres y la gente de España. Los demás eran gente de letras, enamorados de nuestra historia y de nuestros clásicos, a cuyo estudio dedicaron su vida. Sorprende un tanto lo breve sus visitas: Ticknor vivió en España cinco meses intensamente dedicados al estudio y a comprar libros, Longfellow, ocho, y Prescott, casi ciego desde la juventud, nunca pisó España. La excepción fue Washintong Irving, quien llegó a Madrid a traducir una obra histórica y a conocer el legendario pasado oriental del sur de España, visitó Andalucía, vivió en la Alhambra y de esta indeleble experiencia resultaron *Crónica de la Conquista de Granad*a, y los *Cuentos de la Alhambra*, que unieron para siempre su nombre al de esta ciudad.

Ticknor y Prescott eran amigos desde los tiempos de estudiantes en Harvard, Irving y Longfellow intimaron con Mackenzie, con Obadiah Rich y con Montgomery en Madrid, Irving y Ticknor se habían conocido en Londres en 1818, y tanto la persona del ministro de los Estados Unidos Everett como las tertulias de la marquesa viuda de Casa Irujo fueron puntos de atracción para sus compatriotas. El arabista José Antonio Conde fue amigo de Ticknor, Martín Fernández de Navarrete lo fue de Irving, y a la amistad y los extensos conocimientos del erudito angloparlante Pascual de Gayangos recurrieron todos. Formaron un grupo de hombres de letras americanos de distinción dedicados al estudio y al redescubrimiento de las tradiciones y de la historia de nuestro país. Hoy son autores clásicos en la literatura del suyo, y creo que su labor de hispanistas merece revalidarse y difundirse más, tanto por el valor de su obra como por el de su aportación a difundir una imagen positiva de España.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA
THE OHIO STATE UNIVERSITY

BIBLIOGRAFÍA

ADERMAN, Ralph M. (1990). *Essays on Washington Irving*. Boston: G. K. Hall.

ARVIN, Newton (2006). *Longfellow: His Life and Work.* Boston:Little, Brown, 1962.

BURSTEIN, Andrew (2007). *The Original Knickerbocker. The Life of Washington Irving*. New York: Basic Books.

CALVO SERRALLER, Francisco, *La imagen romántica de España. Arte y arquitectura del siglo XIX*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.

CARR, Raymond (1982). *Spain 1808-1939*. Oxford: Oxford U. P.

COLÓN, María Luisa (1951). *Impresos en español publicados en Filadelfia durante los años 1800 a 1835*. M. A, Thesis, Catholic University of America, Washington D.C.

DOWLING, John (1989). «Hispanism in the United States: The Eighteen Century and Romanticism», *Monographic Review / Revista Monográfica* 5, 140-152.

EVERETT, Alexander Hill (1975). *Prose Pieces and Correspondence* (Elizabeth Evans, ed.). St. Paul, Minn: The John Collet Press.

FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ (1985). *Enrique, Spain's Contribution to the Independence of the United States*. Embassy of Spain. Publicado previamente en *Revista / Review Interamericana*, Vol. X, 3 (Fall 1980).

FORD, Richard, *Hand-Book for Travellers in Spain*, 1845.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1999). «Acerca de George Washington Montgomery, Washington Irving y otros hispanistas norteamericanos de la época fernandina». En *Ideas en sus paisajes. Homenaje al Profesor Russell P. Sebold*. Universidad de Alicante, pp. 195-201).

GARCÍA FELGUERA, María de los Santos, ed. (1981). *Imagen romántica de España*. Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, 2 vols.

GIFRA-ADROHER, Pere (1998). «Rough Memories from a Romantic Land: The Politics of Travel, in Alexander Mackenzie's *A Year in Spain*». En *Travel Essentials. Collected Essays on Travel Writing*. (Santiago Henríquez, ed.), Las Palmas: Chandlon Inn Press, 19-42.

— (2000). *Between History and Romance. Travel writing on Spain in the early Nineteenth-Century United States*. Fairlehigh Dickinson U. P.

GONZÁLEZ-GERTH, Miguel, «The Image of Spain in American Literature, 1815-1865», *Journal of Inter-American Studies*, Vol. 4, 2 (April 1962), 257-272

GRABAR, Oleg (1978). *The Alhambra*. Cambridge, Mass., Harvard U. P.

HENRÍQUEZ, Santiago, ed. (1998). *Travel Essentials. Collected Essays on Travel Writing*. Las Palmas: Chandlon Inn Press,

HIDALGO, Dionisio, *Diccionario General de Bibliografía Española*, vol. 2. Madrid: Imprenta de Julián Peña, 1867

IRVING, Pierre M. (1862-1864). *The Life and Letters of Washington Irving*. New York, 4 vols.

IRVING ,Washington (1969-1986). *Journals and Notebooks* (Nathalia Wright, ed.). U of Wisconsin Press, 4 vols.

— (1978). *Letters* (Ralph M. Aderman, Herbert L. Kleinfield and Jennifer S. Banks, eds.). Boston: Twayne Publishers, 4 vols.

— (1989). *The Complete Works of Washington Irving*. Vol. XXX. *Bibliography*. (Edwin T. Bowden, ed.), Boston: Twayne Publishers

KAGAN, Richard L., ed., *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*. U. of Illinois Press, 2002.

LANERO, Juan José y Secundino Villoria (1996). *Literatura en traduccion. Versiones españolas de autores americanos del siglo XIX*. León: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León.

LENEHAM, William T. y Andrew B. Myers, eds. (1983). *The Alhambra*, Boston: Twayne

LONGFELLOW, Samuel (1886). *Henry Wadsworth Longfellow*. Houghton Mifflin Co.

PENNEY, Clara Louise (1926). *Washington Irving Diary. Spain 1828-1829*. New York: The Hispanic Society of America.

SHIELDS, A. K., «Slidell Mackenzie and the Return of Rivas to Madrid», *Hispanic Review*, Vol. 7, No. 2 (April 1939), 145-150.

TICKNOR, George, *Life, Letters and Journals*. Boston, 1876

ROBERTSON, Ian (1988). *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*. Madrid: Serbal / SCIC.

TYACK, David B. (1967). *George Ticknor and the Boston Brahmins Cambridge*, Mass., Harvard U. P.

VILAR, Mar. (1996). *La prensa en los orígenes de las enseñanza del español en los Estados Unidos (1823-33)*. Murcia: Universidad

— (1955). *The Spanish Background of American Literature*. New Haven: Yale U. P., 2 vols.

WILLIAMS, Stanley T. (1971). *The Life of Washington Irving*. New York: Octagon Books, 2 vols.

VILLORIA PRIETO, Javier (1998). *Washington Irving en España, Cien años de traducciones*. Universidad de León.